A. B. Yehoshua

El señor Mani

Traducción del hebreo
de Ana María Bejarano

Duomo ediciones

Barcelona, 2015

Título original: *Mar Mani*

Publicado por primera vez por la editorial Hakibbutz Hameuchad,
Tel Aviv, 1990.

© 1990, by Abraham B. Yehoshua
© 2015, de la traducción: Ana María Bejarano
© 2015, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: octubre de 2015

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncep d'Astúries, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-15945-04-8
Código IBIC: FA
DL B 16.777-2015

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición:
Grafime. Mallorca 1. Barcelona 08014 (España)
www.grafime.com

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

A mi padre, Y'akov Yehoshua,
bendito sea su recuerdo,
hombre de Jerusalén
y estudioso del pasado de la ciudad.

Los personajes que hablan

Agar Shiloh, estudiante (1962-)

Yael Shiloh, de soltera Kramer, granjera (1936-)

Egon Bruner, sargento (1922-)

Andrea Sauchon, de soltera Kurtmeier, antigua enfermera (1870-1944)

Ivor Stephen Horowitz, teniente (1896-1973)

Michael Woodhouse, coronel (1877-1941)

Efraím Shapiro, médico (1870-1944)

Shalom Shapiro, propietario de una cadena de fábricas de harina (1848-1918)

Abraham Mani, comerciante (1799-1861)

Flora Haddaya, de soltera Moljo, ama de casa (1800-1863)

Shabbetay Hananiah Haddaya, rabino (¿1767?-1848)

Primera conversación

Mashabei Sadé

Las seis de la tarde del viernes
31 de diciembre de 1982.

Los interlocutores:

Agar Shiloh, nacida en 1962 en Mashabei Sadé, un kibutz fundado en 1949 que se encuentra a treinta kilómetros al sur de Beer Sheva. Sus padres, Roni y Yael Shiloh, llegaron al kibutz en 1956 cuando estaban haciendo el servicio militar. Roni cayó en la guerra de los Seis Días, el último día de la guerra, en los combates de los Altos del Golán. Agar tenía entonces cinco años, por lo que muy bien puede ser cierto, como ella sostiene, que guarde un claro recuerdo de su padre.

Agar fue educada en el instituto regional de Revivím. Cuando dejó los estudios le faltaban dos asignaturas del último curso de bachillerato, las de inglés e historia, pues no se había presentado a los exámenes. Fue reclutada en agosto de 1980 y sirvió como soldado en una unidad de paracaidistas, en el campamento base de la misma en la zona de Beth Lida. A causa de la distancia existente entre la base y el kibutz, Agar solía pasar los permisos de fin de semana en Tel Aviv, donde dormía en casa de su abuela paterna, Noemí, a la que se sentía muy unida y a la que le hacía contar los recuerdos de la infancia de su padre. La abuela, que disfrutaba con la presencia rebosante de vida de la nieta, trataba constantemente de convencerla para que se matriculara en la universidad de Tel Aviv una vez que se hubiera licenciado en el ejército. Así, cuando Agar terminó el servicio militar, cuyos últimos meses fueron muy movidos a causa de la guerra del Líbano que había estallado en junio de 1982, y a pesar de la oposición de su madre, que creía que Agar tenía que volver a trabajar en el kibutz por lo menos por un período de un año antes de empezar a estudiar, consi-

guió convencer a la asamblea formada por los miembros del kibutz para que la autorizaran a estudiar, siendo como era, además, que aquellos estudios serían financiados en su totalidad por medio de una subvención que el ministerio de Defensa tenía destinada a los huérfanos de guerra. Agar se matriculó en el departamento de cine de la facultad de Bellas Artes de la universidad de Tel Aviv pero, como no tenía ultimados los estudios secundarios, no fue admitida para cursar el primer año de la carrera, sino que se vio obligada a estudiar antes, en la misma universidad, un año de preparación académica. Ese curso lectivo tiene por objeto que los alumnos aprueben los exámenes de bachillerato que les falten, así como que se les impartan las asignaturas de expresión hebrea, inglés y matemáticas como refuerzo para su capacitación académica.

A principios del mes de diciembre la abuela Noemí cedió ante la insistencia de su hijo, el tío de Agar, Benzion Shiloh, alto funcionario del consulado israelí en Marsella, aviniéndose a ir a visitarlo, ya que él había tenido que anular su visita estival a Israel a causa del incremento de las tareas de información que recayó sobre los empleados del ministerio de Asuntos Exteriores por la guerra «Paz de Galilea». A pesar de que no quería alejarse de su querida nieta por mucho tiempo, no pudo menos que responder afirmativamente a su único hijo, que tenía cuarenta años y cuya soltería seguía preocupándole mucho. Siempre había creído que su presencia cerca de él podría quizá conducir a algún arreglo matrimonial, por lo que prolongó su visita para participar en las recepciones organizadas por el consulado con motivo del año nuevo civil.

Agar, de baja estatura, dinámica y que había heredado el purpúreo color de cabello de su difunto padre, se solazaba pensando que el grande y hermoso piso de la abuela estaría ahora por completo a su entera disposición. Primero pensó en invitar a vivir con ella a una amiga que había conocido en las clases del curso preparatorio, una muchacha muy decidida llamada Iris, también huérfana de guerra, que había perdido a su padre en la guerra de Yom Kippur y era toda una experta en las distintas bonificaciones y ayudas del ministerio de Defensa para con las familias de los caídos; pero finalmente la invitación no prosperó, y mejor para Agar que así fuera, porque a principios de diciembre empezó a tener relaciones en casa de la abuela con un estudiante, un alumno de máster llamado Efraím Mani, profesor de la asignatura expresión hebrea del curso de preparación

universitaria. La relación tuvo un comienzo muy intenso, aun cuando ya el 9 de diciembre salió Efraím como reservista hacia la franja occidental del Líbano, que no acababa de calmarse a pesar del «acuerdo de paz» que había sido firmado entre Jerusalén y Beirut.

YAEL SHILOH, de soltera KRAMER. Nacida en Kiriat Motzkin en 1936. Militante activista socialista en los movimientos juveniles de los campamentos de inmigrantes, trabajó también como instructora. En 1952 salió a realizar un curso de campamentos juveniles en el kibutz Ein Harod por un período de un año, por lo que vio interrumpidos sus estudios secundarios que después ya no finalizaría. En 1954 se unió al grupo Re'im, que inició su servicio militar en el kibutz Rosh Hanikrá. Al grupo, compuesto por gente de los alrededores de Haifa, se unieron también unos cuantos jóvenes mayores, del movimiento de Tel Aviv y Rishon Lezion, entre los que se encontraba su futuro marido, Roni Shiloh, que había finalizado sus estudios en Tel Aviv. El noviazgo se consolidó ya en Rosh Hanikrá. Después de que Roni finalizara su curso de paracaidismo y de que tomara parte, en el verano del 56, en dos breves operaciones bélicas y, por supuesto, también en la campaña del Sinaí, partieron ambos, junto con el resto de los miembros de la unidad, a servir en el kibutz Mashabei Sadé. La vida en aquel kibutz meridional les gustó y, al licenciarse, decidieron quedarse a residir allí, donde se casaron en 1958. Los dos trabajaban en la granja: Roni en los campos de grano y Yael en las plantaciones de frutales. En 1962, después de un viaje a las ruinas arqueológicas de Grecia organizado por la sociedad de estudiosos de la historia, nació su primera hija, a la que llamaron Agar, en honor al apego que los dos sentían por el desierto. Cuatro años después, en 1966, tuvieron otro hijo, que murió a la semana de nacer a causa de una hepatitis aguda debida a la incompatibilidad sanguínea de sus padres, problema que no había sido tenido en cuenta por el departamento de obstetricia del hospital de Beer-Sheva. Después de recibir asesoramiento médico decidieron tratarse para tener otro niño, pero este nunca llegó porque Roni cayó al final de la guerra de los Seis Días, en los combates por los Altos del Golán, en la carretera de Quneitra a Damasco.

A pesar de las súplicas de sus propios padres y, sobre todo de los padres de Roni, para que se marchara del kibutz y regresara a la ciudad, Yael

decidió quedarse con su hija de cinco años en la granja e incluso fortaleció sus vínculos con el lugar. Sabía perfectamente, sin embargo, que las posibilidades que tenía de volverse a casar irían disminuyendo de año en año en aquel apartado kibutz de tan pocos habitantes, pese a lo cual siguió trabajando en la plantación e incluso dirigió las entonces innovadoras tentativas de cultivo del aguacate. Durante la guerra de Yom Kipur, cuando el secretario del kibutz tuvo que salir como reservista por un largo período de tiempo, Yael fue nombrada para ocupar aquel cargo que ejercería después durante varios mandatos con el beneplácito general, a pesar de que a algunos miembros de la comunidad les parecía demasiado extremista desde el punto de vista ideológico. La relación con su hija Agar, una relación por lo general muy intensa, tropezaba de vez en cuando con algunas crisis difíciles, por lo que más de una vez la animaron los amigos más próximos a que asistiera a los cursos especiales del movimiento kibutziano sobre educación y psicología juvenil. Esos cursos divulgativos y eventuales resultaron muy de su agrado y de vez en cuando incluso viajaba a la universidad de Beer Sheva para oír conferencias relacionadas con temas de educación y psicología. En 1980, a pesar de que se acercaba ya a los 44, accedió a participar en uno de los encuentros de solteros y solteras que organiza el movimiento kibutziano, jurándose después a sí misma que jamás volvería a asistir a un encuentro de ese tipo.

Yael temía que la estrecha relación que su hija había mantenido durante el servicio militar con su suegra, la abuela Noemí, que había enviudado a mediados de los años setenta, pudiera tentar a Agar a marcharse del kibutz, por lo que se opuso a que Agar comenzara sus estudios en la universidad inmediatamente después de haber terminado su servicio militar, prefiriendo que volviera a la granja a trabajar durante por lo menos un año. Cuando Agar presentó la solicitud para salir a estudiar, Yael intentó en secreto y por todos los medios que aquélla le fuera denegada. Pero la política liberal por la que se regían los kibutzes a principios de los años ochenta en todo lo referente a la «realización personal» de los nacidos en el kibutz que habían terminado su servicio en el ejército y que pretendía, en realidad, impedir cualquier pretexto para marcharse apresuradamente del kibutz, además de que los estudios de Agar fueran a ser financiados por el ministerio de Defensa dentro del programa de ayudas que este otorga a los huérfanos de las guerras de Israel, inclinaron la ba-

lanza en contra de la postura de Yael en la asamblea general. El hecho de que Agar viviera en Tel Aviv con la abuela contribuía a que pudieran comunicarse por teléfono con cierta frecuencia, y Yael y Agar acordaron hablarse, por lo menos, dos veces por semana, a pesar de que en 1982 todavía no habían instalado en Mashabei Sadé teléfonos personales con extensión propia en las casas de los miembros del kibutz.

En el diálogo que sigue faltan las palabras de Yael.

* * *

–Pero aunque hubiera desaparecido, mamá, ha sido por muy poco tiempo, no es para haberse preocupado así por mí...

–Si te llamé, mamá, claro que te llamé, el miércoles por la tarde, desde Jerusalén...

–Claro que sí, el miércoles todavía estaba en Jerusalén, ayer también...

–También ayer, mamá, y hoy, pero si dejé el aviso...

–¿Cómo no te lo han dicho?

–¡Ay, Dios mío, mamá, no me digas que esta vez tampoco te ha llegado uno de mis recados!

–Yo qué sé... A quien descolgó el teléfono...

–Uno de los voluntarios alemanes...

–¿Pero qué querías que hiciera, mamá? Yo no tengo la culpa de que nadie que esté todavía en su sano juicio quiera contestar ya al teléfono en el comedor general después de la cena, porque a nadie le apetece correr entre las casas, con el frío que hace, para avisar al que estén llamando. Intenta tú llamar al kibutz una noche de invierno y ponte a hablar en inglés con un voluntario medio drogado que ya ni se acuerda de cómo se sujeta un lápiz entre los dedos y, entonces, quizá comprendas que no ha sido muy inteligente por tu parte dirigir con tanto fanatismo esa cruzada contra los teléfonos privados, como si de eso dependiera que el socialismo fuera a seguir adelante o a desaparecer. En otros kibutz hace ya tiempo que los teléfonos particulares en casa de cada uno forman parte de la calidad de vida...

–Todavía no he visto ningún kibutz, mamá, que se haya hundido económicamente por culpa del teléfono... eso son fantasías tuyas...

–Pero si no he desaparecido, mamá... si solo he estado fuera de Tel Aviv durante los tres últimos días...

–¿Él? Qué va, pero si todavía sigue en el Líbano, si fue él quien me mandó a Jerusalén, a casa de su padre, y no he podido salir de allí hasta esta mañana.

–En conciencia, no podía marcharme...

–Pero si eso es precisamente lo que te quiero contar... si es eso lo que he venido a contarte...

–No, fue el miércoles por la tarde cuando empezó a nevar en Jerusalén, pero ayer ya no quedaba ni rastro...

–No, ha sido él quien me ha dado este viejo abrigo, su padre, el señor Mani ese...

–Sí, yo lo llamo el señor Mani... no sé por qué...

–Pero si esa es precisamente la cuestión, si es solo por toda esa historia por lo que he vuelto hoy a casa, aunque debo de haberme vuelto loca por estar ahora aquí sentada contigo en vez de haberme encerrado en Tel Aviv a estudiar para el examen...

–Si te lo he contado, tengo un examen de inglés el domingo, y me fastidiaría tanto que me volvieran a suspender...

–No, los libros y los cuadernos quedaron en casa de la abuela, en Tel Aviv. A Jerusalén me fui el martes sin nada...

–Pues claro que sin libros, pensaba estar solo unas horas. Fui por una pequeña misión, podríamos llamarla, que me había encomendado Efi, y de repente sentí que tenía que quedarme allí, y así fue como me quedé tres días...

–No, no por Tel Aviv... He llegado directamente desde Jerusalén, cambié de opinión en el último momento. Estaba en la estación central de autobuses de Jerusalén, que se encontraba ya medio vacía, en la cola para Tel Aviv y, de repente, vi en un andén cercano a un hombre pelirrojo, ya maduro, una cara conocida de aquí, de la zona, me parece que de Revivím, y de repente sentí una fuerte añoranza por estar en casa, muchas ganas de dejarlo todo y de volver a estar aquí, en nuestro querido desierto, de sentarme contigo a contártelo todo, mamá, como si todo lo que he vivido estos días ya no cupiera dentro de mí, como antes, como siempre te lo he contado todo cuando me pasaba algo, ¿te acuerdas...? Desde el parvulario, o en el instituto, cuando un niño se caía, o cuando rompía un dibujo,

sentía como si toda una historia empezara a inundarme y entonces salía enseguida a buscarte gritando: «¡Mira mamá, oye lo que ha pasado...!».

–Es verdad, ja, ja, nunca me alcanzaban, porque siempre me las arreglaba para refugiarme en... ¿cómo los llamaba?

–Sí, exacto, es verdad...

–Sí, eso es, en los padres ocasionales que siempre me salían y que estaban dispuestos a hacer todo lo que yo quisiera, quizá... Y esta teoría que tengo seguro que te va a gustar, quizá por la enorme culpabilidad que sentían de que mi padre hubiera muerto y ellos no, por eso me lo permitían todo y me pasaban de unos brazos a otros, por el comedor y la lavandería, del gallinero al establo, de allí al granero, hasta las plantaciones de frutales, allí, entre los árboles, donde estabas tú, mamá, para que pudiera finalmente echarme en tus brazos y contártelo todo. Y eso es lo que también me ha pasado hoy al mediodía en Jerusalén, mamá, de repente, aprisionada entre las vallas del andén, en aquella estación de autobuses que se ha ido quedando desierta, entre esos jerosolimitanos de aspecto tan frío y depresivo. He visto que el autobús de Beer Sheva arrancaba y que el pelirrojo ese de Revivím me clavaba la mirada desde la ventanilla intentando, quizá también él, reconocerme. De repente no he podido resistirlo, me ha invadido una enorme añoranza de ti, he saltado las vallas y me he abalanzado hacia la escalerilla de ese autobús colándome dentro. Pero mañana, mamá, tengo que volver muy temprano a Tel Aviv a estudiar para el examen; si no, de verdad que me vuelven a suspender. Habrá que averiguar quién viaja mañana hacia el norte. Si se te ocurre algo, dímelo y si no, empieza a pensar...

–Está bien...

–No, un momento, espera, ahora no...

–Pero, ¿qué prisa hay? Me siento helada por dentro, deja que entre un poco en calor...

–El agua no va a lograr calentarme ahora...

–No te enfades, mamá, pero no tengo ganas de ir al comedor para la cena del sábado...

–No tengo nada de hambre, lo que tengas aquí en la nevera es más que suficiente...

–No importa, lo que haya, de verdad que no tengo hambre.

–Si tanta hambre tienes y además te ves obligada a ir, pues vete tú...

yo me quedo aquí en casa. Lo siento, mamá, no tengo paciencia para sentarme esta noche en el comedor y sonreírle a todo el mundo... y después la fiesta de Año Nuevo... esa farsa de juerga. Además no pienso bailar y ponerlo a él en peligro...

–Está bien, de acuerdo. Pues ve tú. ¡Qué se le va a hacer! Vete ya.

–Vete...

–Vete. Ahora siento haber pasado por aquí en lugar de haberme ido directamente a casa, es decir a Tel Aviv...

–Porque esta noche no he venido al kibutz, sino a casa, a estar contigo, mamá, a contarte lo que ha pasado allí, en Jerusalén...

–Nada de misterios... no seas tan dura...

–Supongamos que sí, vale, quizá le esté echando un poco de misterio a la cosa... puede que tengas razón y sea precisamente esa la palabra exacta: misterio... ¿Y qué? ¿Qué hay de malo en que sea misteriosa? Supón que alguien abre la puerta de una casa ajena y ve algo que le conmociona tan profundamente que su espíritu, sí, su espíritu, se siente atraído hacia el interior de esa casa... Pero lo misterioso, mamá, no es lo que le ha conmocionado, porque entonces todo estaría muy claro y no tendría nada de misterioso. Lo misterioso está solo en el encuentro, que parece casual pero que en realidad no lo es, y eso es lo que ha pasado, eso es lo que me ha pasado en Jerusalén, aunque sé que no querrás creerme...

–Porque sí, mamá. Porque no me vas a creer... Te han estado educando durante toda la vida para que no creas en nada misterioso, así es que yo sé que no vas a creer en lo mío, lo sé, al final lo negarás todo y dirás que no ha sido más que una alucinación...

–Pero si no se puede resumir... no te lo puedo contar en cuatro palabras, mamá.

–Si te lo resumo es cuando va a parecer pura imaginación...

–Sabes qué te digo, que la verdad es que no tiene importancia... vamos a dejarlo, no importa... vete a cenar, yo me quedo y me ducho... La verdad es que quizá no tenga importancia toda esa historia, mamá... prefiero dejarlo, ha sido un error haber venido. Solo pregunta en el comedor, por favor, quién es el primero que sale mañana por la mañana para Tel Aviv y si tiene un sitio libre para mí en el coche...

–No, es que de repente se me han quitado las ganas de contártelo, y hasta quizá tengas razón y sea yo la que me lo haya imaginado todo...

–Sí, la verdad es que todavía no has dicho nada, pero qué se le va a hacer si siempre sé lo que vas a acabar diciendo...

–Perdona...

–Bueno, perdona, mamá...

–Ya te he dicho que lo siento...

–No, creo que ahora no estás de humor para oír una historia como la que te tengo que contar...

–¿Estás segura?

–Pero quizá sea verdad que es una pena que te pierdas la cena del sábado en el comedor, eres tan amiga de todos esos formalismos...

–¿Estás segura?

–Pues entonces, mamá, si no piensas ir, olvídate ya y sentémonos aquí tranquilitas; corramos todas las cortinas para que no se vea luz desde fuera y déjame, por favor, por una sola vez, que cierre la puerta con llave... ¿Dónde la tienes?

–Por favor, solo por esta vez, te lo suplico, mamá, escondámonos de todo el mundo, que no sepan que estamos aquí, no vaya a ser que intenten entrar y nos molesten... ¿Y si pusiéramos a hervir agua... y encendiéramos otra vez la estufa...? ¿Pero dónde está la llave?

–Luego, te he dicho que luego... Tengo demasiadas ganas de contártelo todo como para meterme ahora en la ducha... después... después... ¿Por qué armas tanto lío con lo de la ducha?

–Bueno, sí, el vestido está un poco sucio... pero no veo que sea una tragedia...

–Muy bien...

–No mamá, no hay nada nuevo...

–A ratos unas ligeras náuseas...

–No, todo sigue igual...

–Ninguna señal...

–¿Sigues teniendo la esperanza de que no lo esté?

–Pero, ¿por qué? Si ya te lo he dicho, mamá, lo supe desde el primer momento, es real, es inevitable, está bien aferrado dentro de mí...

–Esa criatura... el feto, el bebé... como quieras llamarlo...

–Echa tú misma las cuentas: la última vez que me vino fue el 19 de noviembre. Así es que hoy son ya dos semanas de retraso... tiene que ser eso...

–¿Por qué va a empezar ya a meter las narices ningún médico, qué me puede decir? Además, en Jerusalén ya me ha visto un médico, de esos...

–De medicina general...

–Enseguida te lo cuento, escúchame...

–Ahora te lo cuento, mamá, ¿por qué no tienes paciencia?

–Dijo que... pero espera un momento...

–No, sólo un reconocimiento general...

–Enseguida...

–No, mamá, no te hagas ilusiones, no es un embarazo psicológico, es completamente real... Sí, es un embarazo, te han lavado demasiado el cerebro en todos esos cursos de psicología y ahora te parece que todo es psíquico...

–De momento esperaré tranquilamente... ya te lo he dicho, todavía tengo tiempo para tomar una decisión...

–Primero, que vuelva Efi del frente...

–Dentro de diez días, aunque no depende solo de él...

–Todavía hay margen... hay tiempo...

–Que vaya o no a reconocer su paternidad no está ya en mis manos, mamá... Pero por mí, si quiero puedo tenerlo también sin él, claro está...

–Porque el ministerio de Defensa, ya te lo he dicho, también nos ayuda en casos como este, aunque el niño no tenga un padre legal... Pásmate, pero precisamente por allí corren unos vientos muy liberales, por lo visto...

–Quiero decir, que por lo menos en lo referente a este asunto, quizá por puro sentimiento de culpabilidad... ¡yo qué sé!

–Me lo ha contado Iris, que lo sabe bien porque ha ido a enterarse de todos los detalles...

–Lo sabe todo, mamá, es una verdadera experta en nuestros derechos. De vez en cuando va por allí, le da la lata al funcionario de turno y le sonsaca información sobre nuevos derechos. Los huérfanos de guerra tienen montones de derechos de los que ni siquiera hemos oído hablar...

–Ya sé que todo esto te pone muy nerviosa pero, ¿qué quieres?, no he sido yo la que ha sacado el tema...

–¿Repugnante? Exageras. ¿Qué quieres decir con eso de repugnante?

–Pero si todavía no les he pedido nada ni he aceptado nada... ¿Por qué te irritas así?

–Pero si te lo he dicho, está todo en la historia que he venido a contarte, lo que pasa es que sigues sin dejarme hablar...

–No. Sí. Es como si de repente te diera reparo mi historia, como si tuvieras miedo de oírla y por eso estuvieras dándole vueltas al asunto, intentando retrasarla. Desde aquella mañana, hace ahora un mes, cuando te llamé para decirte que me había acostado con él, o sea que me había acostado por primera vez con alguien... es decir, que por fin me había acostado con alguien... es como si se hubiera abierto una brecha en la confianza que tenías en mí y te hubieras vuelto, ¿cómo lo diría?, y estuvieras un poco confundida, sin saber a qué atenerte, como si hubieran acabado por escapársete de las manos las riendas de tu potrillo...

–Sí, las riendas... Siempre me has llevado con unas delicadas riendas...

–Sutiles, invisibles...

–Da lo mismo, déjalo...

–Pues claro que sí...

–No vuelvas a enfadarte, no he venido a ponerte furiosa...

–Bueno, digamos que no te asustó el hecho en sí, mamá, sino solo el que te lo contara ya al día siguiente por la mañana, ¿o no? Y que me empeñara además en que te llamaran a las plantaciones para que te pusieras al teléfono y oyeras la buena nueva. ¿Y qué tenía de malo? Desde entonces, a veces, has empezado a reconcomerte, mamá, porque lo que antes quizá te hacía gracia de mis historias se ha convertido en algo amenazador, hasta el punto de que me pregunto por qué tengo siempre que cargarte con todo, contarte todo lo que se me pasa por la cabeza, todo lo que me sucede, sin ocultarte nada, como si tuviéramos que seguir haciéndole caso a aquella señora, a aquella ridícula psicóloga que mandaron del ministerio de Defensa para que nos tratara cuando papá murió y que te dijo que había que animarme siempre a hablar, que había que charlar conmigo para sacármelo todo, ¿cómo decía?, «para que no se forme pus en algún recóndito pensamiento», ja, ja, ja... Y desde entonces, mamá, te lo juro, es como si tuviera miedo de que se me formara pus en el cerebro, y por eso siempre estoy dispuesta a hablar, y tú tienes que escucharlo todo... porque ¿quién me va a escuchar si no eres tú...?

–¿Efi? Espera, ya veremos... ¿Quién sabe? En realidad, ¿qué sé de él...? Y ahora, después de haber estado en Jerusalén, creo que todavía menos...

–Pero si eso ya te lo he contado, pero si te lo he contado...

–Te lo cuento en dos palabras... aunque ya te lo he contado...

–No puede ser que no te haya dicho que dos semanas después de que

empezara el semestre suprimieron, de repente, dos de sus clases. Además, ya te hablé de él al principio del semestre, cuando me preguntaste por los profesores, y te dije que desde el primer golpe de vista, cuando entró en la clase, me había gustado mucho. Se quedó allí de pie, casi de nuestra misma edad, con rizos y lleno de entusiasmo, resultando casi enternecedor en sus intentos de convencernos de que sus clases de expresión hebrea nos eran vitales, porque la verdad es que había estudiantes en la clase que estaban muy cabreados y ofendidos por esa asignatura obligatoria, ¡ni que fuéramos analfabetos...! Y entonces, cuando anunciaron que se suspendían dos de sus clases, decidí ir a secretaría a ver qué le pasaba, si estaba malo, porque quería visitarlo, y allí me dijeron que lo que le pasaba era que se había muerto su abuela en Jerusalén, y que se había marchado para allá a pasar con su padre parte de los siete días de duelo. Y entonces... pero no puede ser que no te lo haya contado...

–Bueno, en resumen, que conseguí la dirección de su padre y me fui ese mismo día a Jerusalén a visitarlo, como para darle el pésame, yo qué sé, como en nombre de la clase, aunque en la universidad no formamos, en realidad, una clase propiamente dicha, y puedes imaginarte lo pasmado que se quedó cuando abrió la puerta y vio ante sí a una de sus alumnas que había tenido en clase apenas cuatro semanas, de la que casi no recordaba ni el nombre, y que se aparecía ahora de repente, sola, para darle el pésame, y además por la muerte de su abuela, y que encima había ido especialmente a Jerusalén solo para eso. Pero en cuanto se hubo repuesto un poco de la sorpresa y la confusión que se habían apoderado de él, empezó a entender lo que yo quería que entendiera, que aquella visita de pésame no era en realidad eso, sino un gesto que indicaba que yo buscaba algún tipo de relación con él, y como no parecía estar muy acostumbrado a que las chicas lo obsequiaran con unas señales tan claras...

–Porque no es un tipo guapo o algo por el estilo... Es un chico de esos que es muy agradable, pero más bien por dentro, y por eso se prendió del extremo del cable que yo le lanzaba y decidió, después de un ratito de estar yo allí sentada un poco desconcertada al lado de su padre, que sí parecía estar muy afectado, no como la gente mayor, que cuando se le mueren los padres se sienten liberados, como aliviados, pues como te iba diciendo, decidió regresar conmigo aquella misma noche a Tel Aviv, y por el camino, en el autobús, empezamos a charlar ya con mucha confianza, y después de

preguntarme sobre mí y mis futuros planes, cosas sobre el kibutz y cómo se está en el Neguev, y al darse cuenta de la sinceridad con la que le contestaba, también él se sintió libre y empezó a hablar de sí mismo. Al principio me empezó a contar, precisamente, de la abuela que había muerto, a la que de verdad parecía haber querido mucho, y también habló muy preocupado de su padre, y me gustó mucho que se preocupara por lo que sería de él a partir de entonces, porque su padre había estado muy unido a su madre, a aquella abuela de la que en realidad no se había separado desde niño, habiendo sido ella la que lo había salvado al final de la guerra.

–Entonces vivían en Grecia, imagina, concretamente en esa isla, en Creta...

–¿Ah, sí?

–Pues claro que me acuerdo de ese viaje que hiciste con papá... antes de que yo naciera...

–No, los padres de Efi se separaron hace tiempo, después de su *barmitzvah*. Él se fue a Tel Aviv con su madre, y ella se volvió a casar allí. Tiene una hermanastra más pequeña, pero hace unos años que están en Inglaterra y parece ser que se van a quedar allí; él vive solo... Sí, todo eso me lo contó ya en el autobús, pero sobre todo volvía una y otra vez a hablar del servicio como reservista que debía cumplir en el Líbano... Yo sentía su pánico por tener que ir allí y lo enfadado que estaba porque la universidad no hubiera logrado librarlo de ello...

–No, es soldado raso, cabo como mucho, sanitario... Y así, mamá, fue ya en el viaje de Jerusalén a Tel Aviv cuando empezó a tomar forma nuestra relación; a mí, él me iba gustando cada vez más y notaba que volvía a empezar a enamorarme, pero ahora era mejor porque era de alguien más adecuado, y cuando llegamos a la estación central supe que si no me espabilaba para inventar algo que lo retuviera, todo el esfuerzo que había hecho viajando a Jerusalén habría sido en vano, porque como se tenía que ir a la guerra perderíamos el contacto durante un mes y, después, cuando volviera, apenas quedaría otro mes hasta que terminara el semestre. Además, sería ya el final de su curso y, como comprenderás, ya no le quedaba ninguna abuela que se le fuera a morir en un futuro inmediato para que yo pudiera volver a darle el pésame; por eso, aunque no era tarde, le pedí que me acompañara a casa, es decir, al piso de la abuela y, quizá, precisamente por la enorme diferencia entre su abuela de sesenta y ocho años

que había muerto hacía unos días, y nuestra abuela Noemí de setenta y cinco, de la que le había contado cómo se había ido sola a Francia a principios de la semana como una mujer joven, quizá por eso se sintió atraído y se animó a subir al piso, mientras yo iba pensando: «como mucho quizá solo nos besemos y nos acariciemos un poco», pero de repente nos echamos uno en los bazos del otro, y él era tan tierno y delicado y, además, enseguida se quitó la ropa, y todo fue tan natural y casi sin dolor, hasta el punto de que volví a preguntarme, mamá, ¿por qué habré esperado tanto tiempo? ¿De qué tenía miedo? O quizá había algo en él que me atraía especialmente a pesar de que él, quizá lo conozcas algún día, está muy lejos de ser especialmente guapo, es decir, es un chico normal con gafas, el pelo rizado y delgado, sin nada espectacular. Y así fue cómo, ya por la mañana, cuando se marchó, te llamé enseguida para contártelo todo...

–¿Por qué?

–Pues simplemente, mamá, para que te alegraras... ¿pues qué creíste?

–Sí, mamá, solo para darte una alegría, aunque sabía que tendrías que andar dos kilómetros de ida y vuelta a las plantaciones para oír todo eso por teléfono, pero es que creí que era necesario y que valía la pena, porque sabía que empezabas ya a estar preocupada por mi eterna virginidad...

–¿Pero cómo que no sabías nada? No te hagas la inocentona, mamá...

–Porque si hubiera habido algo enseguida lo habrías sabido... Te lo he dicho, siempre te lo cuento todo...

–Sí, todo. De momento...

–No, hasta que salió hacia el Líbano fueron otras cuatro veces... cinco en total...

–Él no tomó ninguna precaución. Creyó, seguramente, que yo me cuidaba; pero yo, ya te lo he dicho, me hice un poco un lío con las fechas, y además creía que si te lavas enseguida con agua caliente...

–Claro... claro... por algo sabes siempre con toda exactitud lo que mi subconsciente está pensando...

–Sí, fue siempre en mi casa, en el piso de la abuela, y ya que he decidido que lo sepas todo pues te diré que fue en su habitación, es decir, precisamente... agárrate... en la cama de matrimonio de la abuela...

–¿Qué pasa?

–¿Un engaño? ¿A quién?